

Manuel Morán Orti

Facultad de Comunicación y Humanidades

Universidad Europea de Madrid

ORCID: 0000-0003-1937-251X

manuel.moran.orti@gmail.com

Reseña del libro: Jean-René Aymes, *Luchar, sobrevivir o disfrutar. Los emigrados españoles en Francia (1814-1833). Liberales, realistas y «agraviados»*, Legardeta (Navarra) 2023, 3 vols, 1439 pp.

El autor de la obra que aquí se comenta, Jean-René Aymes (Fumel, Lot-et-Garonne 1937 - París 2020), fue un hispanista especializado en las relaciones políticas y culturales franco-españolas del periodo en el que se centra la crisis del Antiguo Régimen en la península Ibérica, esto es, el primer tercio del siglo XIX. El profesor Aymes era bien conocido en España por su presencia en archivos y reuniones científicas, por su trato afable con numerosos historiadores y por la amplia difusión que obtuvo alguna de sus obras, en la que aunaba el afán de síntesis con una refrescante originalidad en la forma de idear la exposición. Recuérdese *La guerre d'indépendance espagnole (1808-1814)* (París 1973), editada en español por Siglo XXI en 1975 y reimpresa varias veces después.

Su formación universitaria le había orientado a los estudios literarios, lo que dejó un sello que se percibe en la singular sensibilidad de su aproximación a las fuentes escritas que constituyen la materia prima de su trabajo. «Siguen interesándome –nos explica– particularmente el discurso, los procedimientos retóricos, el vocabulario, los hallazgos formales, el dominio imperfecto de un idioma extranjero» (vol. 1, p. 20), que tanto dicen sobre los enfoques y matices en la forma de entender el mundo de quienes así escribieron. De hecho, como investigador privilegió el estudio de la imagen y los testimonios franceses de la Guerra de la Independencia y épocas colindantes a través de la información suministrada por la prensa, los informes diplomáticos y la historiografía coetánea.

En octubre de 1978 Aymes se doctoró con la tesis *La déportation sous le Premier Empire. Les Espagnols en France (1808-1814)*, publicada en 1983 y aparecida en español en 1987, que constituye el punto de partida de una línea de investigación sólida y duradera, caracterizada por la perspectiva biográfica y la

abundancia de fuentes archivísticas sobre los emigrados españoles que recalaron en Francia a causa de las convulsiones políticas, de signo alternativo, que tanto proliferaron en la península Ibérica durante esa época. En la misma trayectoria se inscribe su penúltimo libro (*La Guerra de la Independencia y la posguerra. Yo, para mi desgracia, estaba allí... Los escritos de los prisioneros españoles deportados y de los emigrados afrancesados en Francia (1808-1820)*, Legardeta 2016), que versa, como dice el subtítulo, sobre los escritos de los prisioneros españoles deportados y de los emigrados afrancesados. Es obra de mérito, que fue publicada por el Foro para el Estudio de la Historia Militar de España.

El último libro de don Jean-René, el que ahora nos ocupa, ha aparecido con carácter póstumo. *Luchar, sobrevivir o disfrutar* participa también de los caracteres antedichos, porque es el protagonismo del documento lo que da sentido a la totalidad de su trabajo, basado en una formidable prospección, principalmente de los Archives nationales (ANP F7, París, Ministerio del Interior) pero también del Archivo Histórico Nacional (AHN, Madrid), el Service historique de la Défense (SHD, Vincennes) y del Archives du Ministère des Affaires étrangères (AAE, París).

Después de los créditos, el primer volumen se abre con un *In memoriam* a manera de prefacio, al que suceden agradecimientos y el índice general, que se repite en los restantes volúmenes para mayor comodidad de consulta. Cubiertos estos preliminares, sigue la introducción, que es una buena orientación sobre el tema, esto es, las migraciones políticas de los españoles a Francia durante dicho periodo (no a Portugal, Inglaterra o la América hispana, puntualiza), y sus características más definitorias, con oportunas advertencias metodológicas para su correcta inteligencia.

El contenido del libro se divide en cuatro partes que comprenden las emigraciones liberales de 1814 a 1820 y de 1823 a 1833 (o sea, periodos de gobierno absolutista), la de los «facciosos» realistas durante el paréntesis que supuso el Trienio Constitucional (1820-1823) y la de los «agraviados» o «malcontents», esto es, los campesinos ultrarrealistas que se sublevaron contra el rey en Cataluña en 1827. Están ausentes de esta secuencia, nótese, la deportación de los prisioneros españoles a Francia durante la guerra contra Napoleón (1808-1814) y el exilio de los «afrancesados» (1814-1820) o partidarios de la dinastía bonapartista que se vieron obligados a huir con los franceses tras la derrota. El autor lo justifica sensatamente, haciendo ver que hubiera sido llover sobre mojado tras la publicación de su propio libro de 1983 sobre los prisioneros de guerra y la de la celebrada obra de Juan López Tabar sobre los afrancesados, aparecida en el año 2000. Así pues, en la práctica, el grueso de la investigación se centra en los liberales emigrados durante la etapa final –la Década Ominosa– del reinado de Fernando VII (3ª y 4ª partes, en los vols. 2 y 3), ya que a la hora de la verdad, las migraciones realistas tuvieron –en términos relativos– muy poca entidad y han dejado escaso rastro en las fuentes policiales o administrativas de los departamentos franceses en los que hallaron refugio

esos españoles. Su búsqueda, afirma el autor, no dio resultados satisfactorios en este punto (vol. 1, p. 17).

Con modestia, el profesor renuncia a elaborar una síntesis ideológica de cosecha propia, para ceñir su aportación al marco teórico consolidado en la tradición historiográfica española, en la que incluye los trabajos recientes, innovadores y convincentes –afirma– de múltiples historiadores. Por el contrario, sin salir de ese contexto, no oculta su aversión al régimen franquista que estuvo vigente en España entre 1939 y 1975. Una descalificación tan intempestiva puede entenderse en un ciudadano francés perteneciente a una generación marcada por la ocupación militar extranjera y el fantasma del colaboracionismo, pero resulta impropio que la haga extensiva a la investigación profesional que se hizo en dicha época, englobándola bajo la rúbrica de estudios «discutibles cuando llevaban la impronta indeseable o repulsiva de la historiografía predominante bajo el franquismo» (vol. 3, p. 1383). No parece que el consiguiente desconocimiento de esa historiografía aporte calidad a su propia investigación, aunque para su descargo cabe alegar que el apoyo bibliográfico desempeña un papel secundario en su obra. Es más un revestimiento que un fundamento, puesto que este, recalamos, se encuentra en la información de los archivos que él consultó.

La aproximación a los emigrados pide, en buena lógica, la reconstrucción del marco ambiental en el que ellos se desarrollaron. Los memoriales de los propios interesados, los informes de las autoridades departamentales y los de la policía son el material que ha permitido bosquejar el contexto que justifica el título de la obra: *Luchar, sobrevivir o disfrutar*, que posiblemente alude a la diversidad existencial, que va mucho más allá de la creencia ideológica que profesaron, que por lo demás, demuestra ser diversa, mudable y no siempre consistente; el autor lo subrayará en las conclusiones. Por tanto, el estudio de cada uno de estos ciclos migratorios viene esquematizado en epígrafes trazados con brocha gorda, en los que con las variantes oportunas, se analizan aspectos como los motivos de la emigración, la conducta y las exigencias de las autoridades españolas y francesas, la labor de la policía, la reacción de los habitantes de las localidades donde se ubicaron los depósitos, los tejemanejes de los refugiados, su militancia política (o su renuncia), y la vuelta a España. Aymes deja hablar a los documentos y de ahí emergen las ilusiones, el desamparo espiritual y las estrecheces materiales de la mayoría, pero también la buena vida de algunos privilegiados, los combates con la pluma, mucha grandeza moral y a la vez, picaresca y delincuencia encubierta. Y algo que debería poner en guardia a los investigadores actuales: las fantasías truculentas de la policía francesa (vol. 2, p. 496), que influyeron, no poco, en la formación de la opinión y en la toma de decisiones de sus superiores. En cambio, la estadística, el afán de cuantificar la emigración, es secundario en la obra de Aymes, aunque llegado el caso él no es reacio a los números, vengan sugeridos por su documentación o por elaboración de otros estudiosos.

La naturaleza de esas fuentes, que ponen en el centro a personas con nombre y apellidos y con una historia a sus espaldas, le ha llevado a privilegiar el enfoque biográfico, de manera que este puede considerarse el principal carácter formal del libro: «Aquí he preferido examinar detalladamente y, a menudo por separado, trayectorias existenciales singulares y tomas de posición personales» (vol. 1, p. 20). Por tanto, el autor abre «expedientes» personales –así los llama– que introduce aquí y allá con profusión y sentido de la oportunidad, agrupados bajo los epígrafes antedichos.

El tercer volumen en concreto está dedicado en su totalidad a una serie especial, integrada por notas biográficas de los liberales que hubieron de emigrar al comenzar la Década Ominosa, y que por alguna razón merecieron a sus ojos una atención preferente. Los motivos, explica, son varios: que se hubieran puesto en evidencia por su relevancia política o militar, su producción literaria (que analiza) o su protagonismo ideológico, incluyendo los casos, dice, de «chaqueteo». Por ahí desfilan Francisco Espoz y Mina, José María Queipo de Llano –conde de Toreno–, Álvaro Flórez Estrada, José María Torrijos, Pedro Méndez Vigo, Francisco Valdés, Ignacio López Pinto, Francisco Riesco, Joaquín Albistur, Nicolás Minusir, Juan Corradi, Andrés Borrego, Antonio Alcalá Galiano, Nicolás Santiago y Rotalde, Juan Van Halen, José Espronceda, Francisco Martínez de la Rosa, Ángel de Saavedra –duque de Rivas–, Carlos Espinosa de los Monteros Ayerdi, José Fernández de Angulo (el periodista de *El Espectador*) y un larguísimo etcétera. Pero también figuran en la misma serie quienes sin reunir ninguna de esas cualidades, provocaron inquietud en la policía, en los prefectos, en el embajador español, los cónsules –de Bayona, Perpiñán, Burdeos y Toulouse– y en los propios ministros del Interior y Exteriores, por su peligrosidad supuesta o real, y que en consecuencia, generaron expedientes voluminosos en los archivos parisinos y departamentales.

Por el contrario, Aymes agrupa a la gente menos conocida en una serie diferenciada de microbiografías (vol. 2, *in fine*) en la que sin embargo, introduce individuos eminentes que durante el exilio francés prefirieron permanecer en el anonimato: nada menos que el general Miguel Ricardo de Álava; José Mor de Fuentes «que no es realmente un exiliado» (vol. 2, p. 555); el exjosefino Fermín Remón o Vicente González Arnao entre otros. «O sea que admito con una pizca de mala conciencia que mi clasificación o segregación dista mucho de gozar de una legitimidad incuestionable» (vol. 3, p. 882). La incoherencia, si la hubiera, es asumible puesto que más importante que la fidelidad al molde es la valiosa información que el autor ha sabido extraer de las fuentes utilizadas. Por eso, no se pondrán reparos a la inclusión en ambas series de personajes que difícilmente pueden encajar como liberales proscritos: Sebastián Miñano se fue de Madrid por prudencia política (nos cuentan Ana Berazaluce y Claude Morange) y en Juan Sempere prima muchísimo más su trayectoria como ilustrado y josefino que su adhesión, puramente oportunista, a la Constitución de Cádiz durante el Trienio Liberal. El poeta Juan María Maury había sido diputado

en la asamblea de Bayona y el pintor Francisco de Goya, que pasó sus últimos días en Burdeos, abandonó España con licencia expresa de Fernando VII. Y los ejemplos podrían multiplicarse.

La consulta de la serie dedicada a los emigrados, digamos, del montón proporcionará también recompensas, como muestra el caso de un personaje singular, al que hace pocos años tuve yo mismo la oportunidad de dedicar atención¹. Me refiero al ilustrado editor e impresor Tomás Albán, sin duda el más comprometido entre los de su profesión en favor de Napoleón, que luego se integró en la España constitucional durante el Trienio, para abandonarla nuevamente tras la caída del régimen liberal. La información recuperada por Aymes sobre las (desafortunadas) andanzas posteriores de nuestro hombre ayuda a llenar las lagunas, inevitables cuando se pretende rastrear la trayectoria de alguien que sin haber gozado nunca de reconocimiento público o de notoriedad, desempeñó un papel relevante de mediación en la corriente cultural que fluía de Francia. Sin embargo, el valor de este trabajo de Aymes no se limita a su empleo como obra de referencia biográfica –aun siendo este considerable– puesto que aún hay que sumar el de las conclusiones obtenidas por vía inductiva en la investigación, todo un enriquecimiento de los esquemas actuales sobre un capítulo con tal enjundia en el devenir de la España contemporánea.

El tercer volumen de la obra finaliza con la inclusión de algunos instrumentos auxiliares que potencian su utilidad: siglas y relación detallada de las fuentes de archivo consultadas, una bibliografía general actualizada, la lista de las publicaciones escritas por los emigrados durante su residencia en Francia y el siempre recomendable índice onomástico, en este caso referido a las partes que componen el libro.

¹ M. Morán Orti, «Don Tomás Albán, impresor en Madrid a principios del siglo XIX», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista del Grupo de Estudios del siglo XVIII*, núm. 24, 2018, pp. 41-66.